

18

COLECCIÓN DE
INVESTIGACIONES
EN DERECHO

Espacio público y violencia

Julia Urabayen y Jorge León Casero (eds.)



Grupo de Investigación sobre Estudios Críticos
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas

711.4
A185

Acosta Ríos, Beatriz Elena, et al, autor
Espacio público y violencia / Beatriz Elena Acosta Ríos [y otros 13] – 1 edición
-- Medellín : UPB, 2020.
232 páginas, 17 x 24 cm. (Colección Investigaciones en Derecho, 18)
ISBN: 978-958-764-868-3 (versión digital)

1. Espacio público – Violencia -- 2. Urbanismo -- 3. Violencia urbana --
4. Democracia -- I. Título (Serie)

CO-MdUPB / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Beatriz Elena Acosta Ríos
© Franco Riva
© Adriana María Ruiz Gutiérrez
© Felipe Schwember
© Daniel Sorando
© Jorge León Casero (eds.)
© Julia Urabayen (eds.)
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

© Enrique Cano Suñén
© Francisco José Cuberos Gallardo
© Ibán Díaz Parra
© Carlos García Vázquez
© Ignacio González
© María Antonia Muñoz
© Juan Diego Parra Valencia

Espacio público y violencia

ISBN: 978-958-764-868-3 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-868-3>

Primera edición, 2020

Escuela de Derecho y Ciencias Políticas.

CIDI. Grupo de investigación sobre Estudios Críticos. Proyecto de investigación "Modelo actual de reintegración: giros y continuidades del discurso securitario, atendiendo a la prevención del delito mediante la superación de las condiciones de vulnerabilidad de las personas en proceso de reintegración del Grupo Territorial Paz y Reconciliación de Medellín" (radicado 108C-05/18-77), suscrito por la Universidad Pontificia Bolivariana, la Universidad de Murcia y la Universidad de Navarra.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Jorge Octavio Ramírez

Director de la Facultad de Derecho: Luis Eduardo Vieco Maya

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Geovany Snehider Serna Velásquez

Corrección de Estilo: Sol Tamayo

Fotografías: Unsplash

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2020

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1955-26-02-20

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.



El fin de la continuidad, el fin del espacio público, el fin del urbanismo¹

The end of continuity, the end
of public space, the end of urbanism

*Carlos García Vázquez; Escuela de Arquitectura,
Universidad de Sevilla, Sevilla, España;
ccggvv@us.es.*

Abstract

This article shows how the radical transformation experienced by the labor market in recent decades has installed a logic of inequality in the contemporary city. The social decline of these cities has ceased to be an indication of decay becoming, instead, a complement to development, making late capitalism one of the most perverse phases of the Western economic system. Its perversion becomes evident in the social polarization that it promotes, in the ultra-fragmentation from a social and ethnic standpoint, as well as in the increase of conflicts in contemporary cities.

These aspects foster the so-called “topography of fear” which exposes the coming-into-crisis of the classic vision of the city’s three principles –the end of continuity, the end of public space and the end of urban planning. The article shows how these phenomena are especially visible

¹ Este trabajo fue publicado en *Jornal dos Arquitectos de Lisboa*, n. 236, pp. 93-99. La Revista, tras la autorización del autor, ha cedido los derechos de reproducción del artículo.

in the North American metropolis, in which the late-capitalist deregulation of urbanism is massively applied, promoting a spectacle-architecture. Spectacle-cities resemble a collection of works of art where style issues that define wastebaskets, pavements, street lamps and newsstands are becoming more important than social considerations. Hence, not only has the concept of “city” itself come into crisis –inasmuch as the West has been conceiving it for more than two thousand years– but also the concept of “citizen”.

1. Introducción

En 1982, con motivo de un viaje de estudios organizado por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Sevilla, visité Barcelona por primera vez. Eran las once de la noche cuando nuestro autobús se detuvo en las Ramblas. Recuerdo perfectamente la lúgubre impresión que me produjo la Ciudad Condal. Prostitutas y camellos deambulaban por calles flanqueadas por comercios decadentes, de muchos en cuyas puertas colgaba el cartel de “se traspasa”. En aquel momento, este estudiante de tercero de Arquitectura llegó a una conclusión poco original: Barcelona atravesaba por un mal momento.

Así era, la crisis del petróleo de 1974 se había abatido con especial virulencia sobre la ciudad. El tejido fabril de la zona del *Poble Nou*, buque insignia de la Revolución Industrial catalana, estaba arruinado, lo que había dejado en la estacada, sin trabajo y sin futuro, a decenas de miles de personas.

Actualmente, escenas similares a las que yo vi en la Barcelona de 1982 (las mismas prostitutas, los mismos camellos, los mismos comercios decadentes...) se repiten por doquier en ciudades como Londres o Nueva York. La miseria inunda las calles de Brixton, del Bronx, de Queens... Sin embargo, si alguien reprodujera la asociación que yo hice hace 27 años (pobreza urbana = penuria económica) se equivocaría. Londres y Nueva York no están en crisis, es más, son dos estrellas que brillan con especial intensidad en la constelación de las ciudades globales. ¿Paradójico? En absoluto, porque la injusticia social forma parte del código genético del tardocapitalismo.

2. La “topografía del miedo”

Como apunta Saskia Sassen (1991, p. 10), la polarización es intrínseca al orden económico contemporáneo, donde los trabajos de bajo nivel salarial son clave para el crecimiento. ¿Qué sería de Chicago sin los miles de mexicanos que se ocupan de la limpieza, la seguridad o las tareas domésticas?, ¿qué sería de París sin los miles de magrebíes que se ocupan de los jardines, las lavanderías o los supermercados? A pesar de la pujanza de sus respectivas ciudades y de que su trabajo es esencial para su funcionamiento, la mayoría de ellos vive hacinada en cochambrosos apartamentos de barrios ultradegradados. El declive social, por tanto, ha dejado de ser un indicativo de decadencia para convertirse en un complemento del desarrollo, lo que convierte al tardocapitalismo en una de las fases más perversas del sistema económico occidental.

Ha sido la radical transformación experimentada por el mercado laboral en las últimas décadas, la que ha instalado la lógica de la desigualdad en la ciudad contemporánea. Para la mayoría ha supuesto la desaparición de la estabilidad en el empleo y el consiguiente aumento de las subcontrataciones, el trabajo informal, el trabajo a tiempo parcial... y la pobreza. Para unos pocos ha supuesto la oportunidad de acceder a cargos excepcionalmente bien remunerados. Los primeros, trabajadores de escasa cualificación, se aglutinan en tres sectores: la industria de bajo nivel, las labores rutinarias de oficina y los servicios no especializados. Los segundos, profesionales altamente cualificados, se concentran en el sector de las finanzas. La conjunción de unos y otros ha disparado la polarización social: si entre 1945 y 1975, nueve de cada diez salarios norteamericanos eran de nivel medio; hoy lo son cinco de cada diez.

Los Ángeles es un buen ejemplo de la lógica envenenada que se ha instalado en las ciudades contemporáneas. En la década de los 80, emprendió un radical proceso de reconversión económica que pretendía convertirla en el nexo de conexión de Estados Unidos con los florecientes Estados del Extremo Oriente. En pocos años, su apuesta por el *Pacific Rim* se tradujo en la creación de un millón trescientos mil empleos, lo que convirtió al sur de California en la nueva locomotora del país. La sustancial reforma del mercado laboral que implicó esta estrategia disparó exponencialmente la desigualdad social. En esa década gloriosa, de crecimiento económico ininterrumpido, el número de ricos se triplicó (pasando del 9% al 26% de la

población); los pobres crecieron un tercio (del 30% al 40%); y la clase media sufrió un anorético adelgazamiento (del 61% al 26%).

Estos actores sociales tan diversos confluyen en el relativamente reducido entorno espacial de nuestras ciudades, donde se ven obligados a convivir los dos extremos del amplio arco social tardocapitalista. La cercanía explica que las urbes contemporáneas sean, no sólo zonas ultrafragmentadas desde el punto de vista social y étnico, sino también unas de las más conflictivas de la historia. Tasas de criminalidad sin precedentes, revueltas raciales desconocidas desde los años 60... todo ello ha generado la denominada “topografía del miedo”, fruto de la obsesión de la sociedad contemporánea por la seguridad y el control, de su convencimiento de que es necesario proteger los enclaves urbanos en los que reside y por los que deambula con muros, barreras, guardas de seguridad y sofisticados sistemas de detección electrónica.

3. El fin de lo clásico

En 1984, Peter Eisenman escribió “El fin de lo clásico, el fin del comienzo, el fin del fin”. Este artículo resultó emblemático para la teoría de la arquitectura de aquel momento, que había dicho adiós a los postulados del Movimiento Moderno y se aprestaba a indagar en las consecuencias que, para la disciplina, habrían de derivarse del nuevo paradigma económico. En su artículo, Eisenman demandaba una arquitectura “no-clásica” basada en el fin de las tres supuestas ficciones (la de la representación, la de la razón y la de la historia) sobre las que se había edificado la teoría de la arquitectura desde el Renacimiento hasta el Movimiento Moderno, ambos inclusive.

El fin de lo clásico, que Eisenman reclamaba para la arquitectura, también se ha trasladado a la ciudad y el urbanismo. La Polis griega, origen primigenio de la ciudad occidental, se basó sobre tres principios:

1. La continuidad del tejido urbano, donde no cabía establecer zonas cerradas reservadas a clases privilegiadas.
2. La implantación de tres tipos de espacios: el privado, el sagrado y, la gran novedad histórica, el espacio público.
3. La investidura del Estado como regulador de esos tres espacios.

En la ciudad contemporánea, el fin de lo clásico supone la puesta en crisis de estos tres principios, es decir, el fin de la continuidad, el fin del espacio público y el fin del urbanismo. Ello es especialmente evidente en las metrópolis norteamericanas, que son hijas de una condición de contemporaneidad químicamente pura: de la sociedad postmoderna, de las tecnologías de la información, del ultraliberalismo económico... En estas reflexiones nos vamos a centrar.

El fin de la continuidad del tejido urbano es una de las principales características de la topografía del miedo. Uno de sus múltiples subproductos son las denominadas “comunidades cerradas”, enclaves cuyos servicios y espacios públicos están consagrados al uso exclusivo de sus acomodados residentes. Ellas son las protagonistas de lo que Mike Davis ha denominado “el archipiélago carcelario” (Davis, 1992, pp. 154-180), es decir, la transformación del espacio urbano en una sucesión de islas fortificadas, en un territorio fragmentado en infinidad de enclaves amurallados. Vistas desde el aire, Houston, Dallas o Miami se asemejan a agregaciones de grumos edificados. Lo que los rodea es una mezcla de naturalezas domesticadas y salvajes: campos de golf, espacios naturales, residuos agrícolas, solares abandonados... a los que se suman los jardines de las viviendas unifamiliares de las *communities*.

También la crisis del espacio público está íntimamente relacionada con la topografía del miedo. Trevor Boddy (1992, pp.123-153) ha analizado el fenómeno de las conexiones peatonales aéreas y subterráneas que, en la década de los 80, invadieron los centros de las ciudades norteamericanas. Inicialmente, este entramado de pasarelas y túneles que conectaban hoteles con estaciones de ferrocarril, torres de oficinas con centros comerciales, paradas de metro con establecimientos de ocio... fue justificado como respuesta a las inclemencias climáticas de ciudades como Minneapolis, Calgary o Montreal. El tiempo, sin embargo, vendría a demostrar que su proliferación respondía a la psicosis de la sociedad contemporánea por la seguridad. Estos artefactos extendían al espacio público los sistemas de control utilizados en el privado, lo que permitía a los “ciudadanos de bien” moverse por los centros urbanos sin necesidad de pisar sus calles y plazas, es decir, sin necesidad de entrar en contacto con la pobreza, la delincuencia, la marginalidad...

Por último, el desmantelamiento del papel regulador del Estado es perfectamente perceptible en el contexto global. Comenzó con la crisis del petróleo, cuando la irrupción de la pobreza y la obsolescencia funcional

en las ciudades convirtió al crecimiento urbano en algo que había que fomentar y no algo que había que controlar (como lo entendió el urbanismo moderno). Los promotores privados exigían flexibilidad y rápidas tomas de decisión, algo también incompatible con los planes generales de los 60 y sus objetivos a largo plazo. Acusados de burocráticos y anacrónicos, así comenzó su descrédito. En la década siguiente muchas administraciones públicas decidieron arrinconarlos y dedicarse a apoyar el crecimiento urbano como fuese. Irrumpía así lo que Peter Hall (1988) denominó la “ciudad de los promotores”. La desregulación tardocapitalista había llegado al urbanismo.

Como consecuencia, en la definición de la ciudad contemporánea cada vez tienen menos peso los planes urbanísticos y más la arquitectura, concretamente una arquitectura-espectáculo soportada por la firma de grandes estrellas mediáticas. Europa es un buen ejemplo de ello. Aunque nunca se haya reconocido, Barcelona no confió la reorientación funcional de la Plaça de les Glòries a un plan especial, sino a la Torre AgBar; París no confió la regeneración de las zonas degradadas de la orilla izquierda del Sena a un plan parcial, sino a la Biblioteca de Francia; Bilbao, no confió su reorientación económica hacia el sector terciario a un plan estratégico, sino al Museo Guggenheim; y Berlín no confió su metamorfosis en capital de la Alemania reunificada a un plan general, sino a los rascacielos y centros comerciales de la Potsdamer Platz, Pariser Platz y Friedrichstraße.

Detrás de las importantísimas transformaciones urbanas experimentadas por estas capitales en las últimas décadas no están los urbanistas, sino la firma de arquitectos como Frank Ghery, Jean Nouvel, Daniel Libeskind, Rem Koolhaas o Herzog & De Meuron. Las ciudades que han construido se asemejan a una colección de obras de arte, son un producto estético altamente sofisticado donde cada vez tienen más importancia los libros de estilo que definen papeleras, pavimentos, farolas y kioscos, y cada vez menos las consideraciones sociales. Estas no interesan a la arquitectura-espectáculo, lo que no deja de ser una gran paradoja, ya que, como hemos comentado, la globalización ha generado en las ciudades un grado de polarización social desconocido en Occidente desde la Segunda Guerra Mundial.

4. Celebration: el fin de la ciudad, el fin del ciudadano

El fin de la continuidad, el fin del espacio público y el fin del urbanismo ponen en crisis el propio concepto de “ciudad”, al menos tal y como Occidente lleva concibiéndola durante más de dos mil años.

Entre las 12:30 y las 13:30 (plena hora punta en los centros de ciudades como Lisboa o París) las avenidas del *downtown* de Houston están desiertas: nadie camina por sus aceras, nadie cruza sus calzadas. ¿Dónde está la gente? En el subsuelo, en un sistema de túneles de diez kilómetros de longitud que interconecta más de 2,6 millones de m² de oficinas. Las “plazas” de esta red son los atrios situados en los sótanos de los rascacielos, donde se concentran los restaurantes, las cafeterías, los comercios... es decir, todas las funciones que en la ciudad tradicional generan vida urbana, y que Houston reproduce a cota - 5 m.

El fin de la continuidad, el fin del espacio público y el fin del urbanismo también ponen en crisis el concepto de “ciudadano”. El discurrir cotidiano de un houstoniano consiste en pasar del interior climatizado de su casa, al interior climatizado de su automóvil, al interior climatizado del garaje, al interior climatizado de los túneles, al interior climatizado de los atrios, al interior climatizado de la oficina y viceversa. Su entorno urbano ha quedado reducido a dos escalas contrapuestas pero complementarias: la territorial de la autopista y la doméstica del edificio. Entre ambas no hay casi nada.

En una carta dirigida al director de una revista, un empresario de San Diego describía el sitio donde le gustaría mudarse con su familia: “[...] debe tener una *main street* flanqueada por árboles, tiendas y comercios a los que siga acudiendo la población local; debe haber un parque para conciertos estivales donde los ancianos puedan reunirse en los bancos a cotillear y ver pasar el tiempo; cuatro estaciones (sin demasiado de ninguna de ellas) [...] Quiero vivir en un lugar donde las personas se preocupen por su comunidad, por sus familias, por los otros y por su país. En un entorno donde haya espacio para que los niños jueguen y crezcan. Un sitio donde la gente se saude por la calle, donde conozcamos al policía municipal, al tendero, al cartero, al sacerdote, al doctor, al veterinario y al alcalde” (Ellin, 1996, p. 135).

Los promotores de las comunidades cerradas son conscientes del filón económico que se esconde bajo el ansia de significados que este empresario comparte con los millones de personas que trasiegan por la topografía del

miedo. A comienzos de los 90, podía leerse en un anuncio de una de ellas: “Érase una vez un lugar donde la gente saludaba a los vecinos en la quietud del atardecer veraniego. Donde los niños cazaban luciérnagas... Los sábados, el cine proyectaba películas de dibujos animados. La tienda de ultramarinos repartía productos por las casas... ¿Se acuerda de ese sitio? Tenía algo de mágico. La magia especial de un pueblo americano” (Hayden, 2003, pp. 213-214).

El lugar en cuestión se llamaba Celebration, una *community* compuesta por 8.000 viviendas unifamiliares y donde habitan 20.000 personas (el tamaño considerado óptimo para que la ensoñación del “pueblo americano” pueda reproducirse). Sus edificios “públicos” han sido diseñados por un rosario de “arquitectos estrella”: Philip Johnson, Robert Venturi, Michael Graves, Charles Moore, Aldo Rossi... El fin de la continuidad, el fin del espacio público y el fin del urbanismo encuentran su epítome en lugares como éste.

El fin del urbanismo porque Celebration ha sido promovida la Disney Corporation y la AT&T. Su gobierno y su planificación están en manos de esas dos multinacionales. El fin del espacio público porque, aunque en Celebration abundan los paseos, las plazoletas, los cines, los bancos, etc. ningún ciudadano ajeno a la *community* puede pisar su *main street*, su templo presbiteriano, su sinagoga, sus dos campos de golf o su escuela infantil (con planes de estudio elaborados por la Universidad de Harvard). Y el fin de la continuidad porque Celebration está situada en Florida (a pocos kilómetros de Orlando). Forma parte, y alimenta, un estado “posturbano” donde naturaleza y ciudad se funden en un todo indiferenciado, un territorio plagado de centros; un territorio sin límites, sin jerarquía, casi sin forma; un territorio discontinuo y fragmentado; un territorio sin historia ni identidad; un territorio sin densidad pero donde habitan millones de personas... En un entono semejante no tiene sentido hablar de dualidades tales como “centro-periferia”, “campo-ciudad”, “espacio público-espacio privado” ... ya que no le son aplicables los parámetros por los que tradicionalmente hemos filtrado los hechos urbanos.

Como decimos, es el fin de la ciudad, pero también el fin del ciudadano. Alguien ha definido a Celebration como “el parque humano de Disney”, una especie de parque temático residencial. El anexo a las escrituras que ha de firmar toda persona que adquiera una parcela (denominado *Covenants Conditions and Restrictions*), tiene más de 100 páginas. Le obliga a optar entre seis modelos de vivienda: “clásico”, “victoriano”, “colonial”, “costero”, “mediterráneo” o “francés”. Por si esto fuera poco, un sinfín de cláusulas controlan los colores, los materiales y las texturas. También prescribe lo que se puede

plantar en el jardín, dónde se puede aparcar en la parcela, cuándo se puede revender la casa y la obligación de residir en ella al menos nueve meses al año.

Por último, las cortinas de colores están prohibidas...

5. Referencias bibliográficas

- Boddy, T. (1992), *Underground and overhead: building the analogous city*. En M. Sorkin (Ed.), *Variations on a theme park. The new American city and the end of public space*. (pp. 123-153). Nueva York: Hill and Wang.
- Davis, M. (1992). *Fortress Los Angeles: the militarization of urban space*. En M. Sorkin (Ed.), *Variations on a theme park. The new American city and the end of public space*. (pp. 154-180). Nueva York: Hill and Wang.
- Ellin, N. (1996). *Postmodern urbanism*. Nueva York: Princeton Architectural Press.
- Eisenman, P. (1984) *El fin de lo clásico, el fin del comienzo, el fin del fin*. *Revista Arquitecturas Bis*, 3, 29-37.
- Hall, P. (1988). *Tomorrow cities. An intellectual history of urban planning and design in the twentieth century*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Hayden, D. (2003). *Building suburbia. Green fields and urban growth, 1820-2000*. Nueva York: Pantheon Books.
- Sassen, S. (1991). *The global city. New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.